

# Herederos. Los Bioy en su campo de letras

La reciente aparición de las *Memorias* de Adolfo Bioy Casares constituye un acontecimiento literario significativo en sí mismo, pero tiene también la consecuencia de volver la atención hacia un género casi olvidado por los escritores de ficción en la Argentina<sup>1</sup>. Francamente decimonónico, el género autobiográfico no produjo durante el siglo veinte obras de niveles comparables a los que lograron, por caso, Domingo F. Sarmiento o Lucio Mansilla en el siglo anterior<sup>2</sup>. Quizás el reportaje periodístico haya logrado hacer creer al escritor contemporáneo que el relato de su existencia no haría más que abundar en detalles ya conocidos por quienes siguen sus apariciones en la prensa; o tal vez el progresivo distanciamiento de la figura del político militar (un caso ejemplar es Sarmiento), por un lado, y de la del literato, por el otro, haya dejado a este último con la amarga sensación de carecer de peripecias sobre las cuales construir un autorretrato *interesante*<sup>3</sup>. Caso límite, Borges produjo una considerable cantidad de libros de conversaciones, pero de su propia pluma sólo tenemos representaciones estilizadas de su vida, ya como personaje cuasi literario (recuérdese el texto titulado «Borges y yo» de *El hacedor*), ya como excusa de un artículo apócrifo para cierta enciclopedia futura (incluido en la edición de sus *Obras completas*) en el que su figura es objeto de una elaboración pseudoerudita y autoirónica, muy a tono con sus motivos literarios de siempre. Al hacer un tratamiento precisamente borgiano de su propia biografía, Borges inclinó el delicado balance entre «poesía y verdad» hacia el primer platillo, tomando así distancia de las exigencias que imponen las memorias personales.

Además del retorno literario de un género casi acaparado en la actualidad tanto por las más variadas figuras de la *vita activa*, ahora en retiro, como por el tratamiento periodístico orientado al rápido éxito editorial,

<sup>1</sup> Bioy Casares, Adolfo, *Memorias*. Infancia, adolescencia y cómo se hace un escritor, Barcelona, Tusquets editores, 1994 (en adelante: M). Bioy Casares anunció recientemente una continuación de este libro.

<sup>2</sup> Cfr. Prieto, Adolfo, *La literatura autobiográfica argentina*, Bs. As., Jorge Álvarez, 1966 (especialmente págs. 19, 21 y 51).

<sup>3</sup> Existen, desde luego, otras hipótesis para justificar este hecho, entre ellas, la que sostiene que la autobiografía como género (diferenciada de las memorias del hombre de acción) surgió en el Renacimiento y se prolongó en el mundo burgués pero conoce ahora el mismo ocaso de la configuración personal autónoma que le dio origen, pues el individuo «externamente dirigido», típico del capitalismo avanzado, no encuentra satisfacción en el relato de su propia vida. Véase: Neumann, Berns, *La identidad personal: autonomía y sumisión*, Buenos Aires, Sur, 1973, pág. 214 y ss. Apuntes más es-

pecíficos sobre la autobiografía en la Argentina pueden encontrarse en la bibliografía mencionada por Berg, Eduardo H., «La búsqueda del archivo familiar. Notas de lectura sobre *Respiración artificial* de Ricardo Piglia», en: Calabrese, E. T. et al., *Itinerarios entre la ficción y la historia*, Bs. As., Grupo Editor Latinoamericano, 1994, págs. 131 y 132. Berg sostiene que la literatura argentina contemporánea, acaso debido a la extracción de clase media sin aboleo de muchos de sus representantes, mostró mayor inclinación a las ficciones autobiográficas que a las memorias en sentido tradicional. Otro libro sobre el tema dar reciente aparición es: Oribe, J. (comp.), *Autobiografía y escritura*, Bs. As., Corregidor, 1994.

<sup>†</sup> Bioy, Adolfo, *Antes del novecientos*. (Recuerdos), Buenos Aires, 1958 (no consigna editor, podemos presumir que es edición del autor), 2.<sup>a</sup> ed. (1.<sup>a</sup> edición del mismo año), 298 págs. (en adelante: AN); y *Años de mocedad*. (Recuerdos), Bs. As., Librería y Editorial Nuevo Cabildo, 1963, 287 págs. (en adelante: AdM). *El primer libro fue fechado por el autor en 1953 y el último en 1961 (y, por lo que parece, publicado tras su muerte)*. En M, pág. 55, Bioy Casares dice que su padre «Murió cuando preparaba un Libro tercero».

hay otro elemento que convierte al tranquilo libro de recuerdos de Bioy Casares en algo singular: el hecho de que su padre, Adolfo Bioy, lo haya precedido en la escritura de dos volúmenes autobiográficos<sup>†</sup>. Hecho peculiar, tenemos aquí las memorias del hijo que, de algún modo, contraponen o prolongan los recuerdos del padre. Y no es que un libro remita a otro; por el contrario, puede sorprender incluso el laconismo (siempre cálido, sin duda) con el que padre e hijo se refieren entre sí en sus respectivos textos. No obstante, estas vidas paralelas de los Bioy ofrecen, como en bajo continuo, un hilo conductor y evocan unos deslizamientos histórico-familiares y unas mutaciones sociales que excitan la curiosidad crítica y pueden ofrecer un acceso privilegiado al conocimiento de las transformaciones de un peculiar —casi vestigial— mundo de vida. Por ello, y en el marco del celebrado regreso literario de una forma caída en desuso, acaso resulte aún posible una recapitulación más profunda de la historia de los Bioy comenzando por los libros de recuerdos del padre del escritor, cuya calidad literaria evidencia un manejo del género que no es en absoluto menor al que demuestra su laureado hijo. A partir de estos libros agotados y olvidados se puede proporcionar un contraluz efectivo para la lectura de las *Memorias* de Bioy Casares y dotar a la mirada de una singular perspectiva, y por cierto más abarcativa, para el abordaje de su relato de vida.

## Infancias ecuestres

Nacido en 1882, miembro de la primera generación de descendientes argentinos de un vasco francés, Adolfo Bioy comienza su primer libro de memorias con la evocación de su recuerdo más temprano: su niñera negra en el barco de un viaje a Europa. Esta borrosa imagen se complementa luego con una amplia exposición, la mitad del volumen, de su infancia en un vasto establecimiento rural, propiedad de su padre, situado en Pardo, una localidad de la zona pampeana de la provincia de Buenos Aires. Los sirvientes, los temas del campo y la figura de sus padres gobiernan esta parte del libro y casi proponen por sí mismos un análisis sociológico que pase por alto la prosa hábil que conduce el relato.

Dedicado básicamente a la explotación ganadera, Pardo es una típica estancia argentina, casi un pequeño estado bajo el dominio de una figura carismática, el patrón, hombre con vocación ilustrada que sabe combinar un cierto populismo en su relación con los peones de la áspera llanura con una inclinación por la cultura exquisita que aspira a poner de manifiesto entre sus iguales reunidos en los salones urbanos. Esta síntesis de ciudad y campo, junto con la posibilidad de un fluido intercambio entre

esos dos mundos de reglas bien diferenciadas, configuran en el estanciero un tópico social pero también cultural. Inmensamente ricos, los estancieros también combinaron, al menos hasta una cierta época «heroica», las características morales de una pseudoaristocracia orgullosa de su linaje y de sus virtudes «guerreras» con la disciplina burguesa del esfuerzo.

Este carácter *doble* de su condición social —ya puesto de manifiesto por Lugones en *El payador*— no es vivido por Adolfo Bioy como una tensión. A juzgar por el relato, este idóneo habitante de dos mundos es perfectamente capaz de salir de las clases de su maestro privado francés en la estancia y lanzarse a las aventuras que le proponen el trabajo de los gauchos a los que admira y con quienes confraterniza. Los gauchos, personajes de fondo de su historia, se contraponen tanto al «gringo» como al despreciable indígena<sup>5</sup>. El lenguaje castizo de estos gauchos se encuentra para él lleno de modulaciones locales; su indumentaria (que el niño anhela imitar) y sus sorprendentes conocimientos de todo lo relativo a la vida rural son otros rasgos admirables. Con todo, lo más importante son las virtudes profundas de los gauchos; y entre ellas la más ponderable para el pequeño heredero es asimismo la más literaria: el coraje.

La estancia se hereda como una propiedad pero es vivida como algo más que una simple unidad económica; ella pone a prueba la capacidad de mando del patrón, su habilidad para perdurar y su identidad con la tierra que gobierna. La estancia es la patria, la «tierra del padre» y se hereda como un establecimiento pero también en tanto soberanía. Es una comunidad territorial de hombres y mujeres que trabajan y dependen de ella —incondicionales del patrón: son «la gente de Bioy», sometidos a la ley privada del patrón y «adictos» a su persona. ¿Habría que buscar en la modalidad de dominio de los estancieros el arraigo histórico que demostró el populismo argentino, tan deplorado luego por ellos mismos? Un pequeño relato inserto en esta autobiografía refiere un estanciero-dandy, con su habitual «porte distinguido», pero algo demasiado elegante —vestido de *jacquet* y montado en silla inglesa— un poco torpe para la transición fluida entre el ciudadano y el patrón rural propia del estanciero. Acorralado por necesidades financieras, este hombre vende su estancia pero nunca hace efectiva la entrega. No debe hablarse de avaricia, sino de un apego antimercantil a la tierra; a la ley que dicta la sangre: la propiedad de su dominio es para él imposible de enajenar. La metafísica de la tierra: décadas más tarde Bioy Casares se confiesa como un deficiente administrador. *Malgré tout* su orgullo telúrico de estanciero (que en este punto se llega a comparar, sin afectar su nobleza sanguínea, con sus plebeyos antepasados vascos y hasta con un campesino siciliano) puede considerarse intacto: «Cuando manejé el campo,

<sup>5</sup> Bioy llama gauchos a sus trabajadores rurales, los peones criollos, que apenas tienen que ver con el gaucho tradicional, personaje de la llanura, de vida casi nómada. El gringo, por su parte, es el inmigrante, en particular el italiano pobre que habla un defectuoso castellano. Véase también AdM, pág. 20.

<sup>6</sup> M, pág. 144. En la misma página hay una cita de Sciascia en la que se habla de tradiciones campesinas vascas e italianas en el mismo sentido: «... en el mundo campesino que nos es más cercano, la incitación a vender un terreno es considerada ofensiva y obtiene habitualmente la orgullosa respuesta de 'Yo compro, no vendo'».

<sup>7</sup> AN, pág. 127. Véase también el relato de un singular episodio fantástico-realista, que no sería indigno de la pluma de su hijo, en la pág. 127.

<sup>8</sup> Dejando de lado alguna mención ocasional, Bioy apenas dedica un párrafo a su actuación pública: cfr. AdM, pág. 260. No obstante, fue ministro interino de Justicia y ocupó un cargo de embajador en el gobierno militar que en 1955 derrocó a Perón, para quien Bioy tiene, por cierto, palabras de violento rechazo. Un detalle de su trayectoria como funcionario, concentrada básicamente durante el período de hegemonía conservadora de la historia argentina que por sus múltiples irregularidades es conocido como «la década infame», se encuentra en: Quién es Quién en la Argentina. Biografías contemporáneas, Bs. As., Kraft, 1950, pág. 95. Durante esa época, Bioy también se desempeñó en dos ocasiones como presidente de la poderosa Sociedad Rural Argentina, una central de propietarios dedicados a la explotación agroganadera.

no sólo no vendí hectáreas sino que compré las de vecinos que se ofrecían en venta»<sup>6</sup>. ¿Cómo *negar* la herencia mediante la venta?

Para Adolfo Bioy el campo ofrece todo lo que necesita para una niñez encantadora que funciona como verdadera utopía retrospectiva. La estancia es la infancia. En primer lugar están los relatos de los peones, insuperables contadores de historias, pero también una mitología fantástica de almas en pena y aparecidos junto con la anécdota graciosa y el episodio de sangre. Estas capacidades, y no sólo las proezas físicas o supuestamente morales del gaucho, son muy apreciadas por los patrones adultos o niños: «Miéntanos Moyano un rato» propone su padre a un gaucho del que es anfitrión ocasional durante el descanso de un viaje<sup>7</sup>. ¿Estarán estas tradiciones, sin duda, situadas en la prehistoria de un escritor como Bioy Casares, en algún punto decisivo de su vocación?

«Yo no soy su sirviente» replica el joven Adolfo Bioy en el Colegio Nacional a un oficial del que recibe instrucción militar. El oficial se atreve a amenazarlo y él toma la vaina de su sable y se la devuelve en la cabeza, insultándolo. Es expulsado del Colegio Nacional como antes fue expulsado del colegio religioso de los vascos franceses de Buenos Aires. Es expulsado de la escuela pero para ser finalmente admitido en sociedad: todavía puede parecernos paradójico que este librepensador, amante de las letras del Siglo de Oro y cultor de la independencia personal haya aceptado ser miembro del gabinete nacional tras el golpe de Estado de 1930 que derrocó al caudillo radical Yrigoyen e inauguró el ciclo militarista que marcó la vida política contemporánea en la Argentina con sus recaídas ultrarreaccionarias.

La armonía infantil de la estancia, donde no faltan los héroes, resulta, pues, súbitamente invadida por la miserable crueldad, por la cobardía que genera la disciplina escolar. El fin de siglo es para Adolfo Bioy el fin de la niñez y el comienzo de la imposición de un rol social. En su segundo libro autobiográfico, *Años de mocedad*, relata su vida de estudiante universitario, cuya culminación finaliza su personal ciclo literario. El objetivo primordial no es presentar la memoria de hombre de acción (papel al que por su posterior desempeño político podía haber aspirado) sino la prehistoria de la asunción de un rol social definido, esa época en la que, en la vida de Adolfo Bioy, imperaba la libertad infinita de la pampa. Por cierto que no oculta su paradoja político-personal, pero ¿qué mérito habría encontrado este gallardo estanciero en relatar los servicios prestados al gobierno ilegal de un general? Se trata pues de evitar la memoria de funcionario y amplificar la historia dichosa de un niño<sup>8</sup>. Como su padre estanciero antes y como su hijo escritor después, el doctor Adolfo Bioy tuvo una edad campera, digna y feliz. «Era un hombre de a caballo. Los dos tuvimos una infancia ecuestre», escribió de él Bioy Casares quien, inevita-